

Lunes I de Adviento Ciclo C



2 de diciembre de 2024

Is 2, 1-5

Sal 121

Mt 8, 5-11

P. Eduardo Suanzes, msps

Isaías es uno de esos genios que aparecen de vez en cuando en la historia de la humanidad. Vivió en Jerusalén hacia el año 750. Eran años espantosos para el reino de Judá. Desde el Noreste, el temible imperio asirio es una terrible amenaza para Siria, Israel y Judá. Los asirios lo destruyen todo, son unos guerreros sanguinarios.

Pero, peor aún, Isaías ve que el pueblo y sus reyes no son fieles al Señor, no cumplen la Ley... y teme que van a ser destruidos, como castigo por su infidelidad.

En medio de tanta angustia, Isaías tiene sin embargo el valor de anunciar al pueblo que, si son fieles al Señor, el final será el triunfo, el triunfo del Señor: Jerusalén será restaurada, se venerará al Señor en su santo templo, y el pueblo será «*El Pueblo Santo*», «*El Pueblo de Dios*», que será luz de las naciones.

La Iglesia ha entendido estas palabras de Isaías como una visión profética del triunfo definitivo de Dios.

Al final, Dios reinando sobre todas las cosas. Pero no es un reino exterior, un estallido de poder. Tampoco es un triunfo político de Israel, aunque el pueblo de Israel lo creyó a veces así. Se trata de que Dios reine en los corazones humanos, instruidos en sus caminos. Los humanos caminaremos según la voluntad de Dios. Esto hará la paz. Es un resumen de la historia: los humanos caminan en tinieblas, caminan en el pecado; llegará el día en que se vuelvan a la luz.

La imagen es el Monte. Para todo lector de la Biblia, el Monte, el Monte de los Montes es el Sinaí, porque en ese monte Dios Libertador dio a los hombres La Ley, la ley que les ha de salvar del pecado. Pero el monte es también el Monte de Sión, Jerusalén. La historia discurre de Monte a Monte: del Sinaí, en que Dios ofrece al hombre La Ley, para que al cumplirla no sea esclavo del pecado; al Monte de Sión (Jerusalén), cuando la humanidad encuentre a Dios y se realice su Reino.

Es una visión del fin de los tiempos, en positivo, no como destrucción y catástrofe sino como culminación, plenitud: «*Dios será todo en todos*», «*todos los pueblos caminarán a su luz*». Insistimos muchas veces en el final como catástrofe, pero la Biblia está llena de imágenes de triunfo final de Dios, de plenitud de la humanidad que encuentra finalmente la luz de Dios.¹

El Evangelio nos relata el episodio del encuentro del oficial romano con Jesús. Si la tentación de Israel al escuchar la Primera Lectura pudiera ser que aquella nueva creación y transformación prometidas solo se realizarían en el pueblo escogido, aquí se nos está diciendo, de entrada, que

¹ Cfr. JOSÉ ENRIQUE GALARRETA. *Domingo 1° de Adviento*. En www.feadulta.com

el requisito no es de carácter endémico, ni de ADN, ni de fronteras. Porque el oficial romano no pertenece a Israel y por tanto es un ser impuro.

La salvación que Jesús trae es universal y no reconoce fronteras entre hombres o pueblos². El centurión en su respuesta, se declara indigno de recibir en su casa a Jesús. Es consciente de su inferioridad como pagano, pero eso le da ocasión para mostrar la calidad de su fe. Acostumbrado a ser obedecido, ve en Jesús una autoridad absoluta capaz de sacar al hombre de la parálisis. No hay acción de Jesús con el enfermo, el centurión le pide solamente una palabra. Alude Mateo a la misión entre los paganos, que, sin haber tenido contacto directo con Jesús, experimentan la salvación que de él procede. El hecho de no ir a la casa adquiere entonces todo su relieve. La presencia física de Jesús no es necesaria. La salvación, es decir, la nueva creación se realizara a través de la aceptación en el corazón del mensaje. Jesús responde al centurión y su palabra tiene eficacia inmediata. En el contexto de la misión Mateo muestra la eficacia de la palabra, del mensaje de Jesús para sacar al hombre de su estado sin esperanza, de su parálisis existencial.

Por otro lado es curioso el hecho de que en los evangelios es también un centurión, un impuro, un no israelita, quien proclama la novedad de la muerte de Jesús. El centurión, que estaba enfrente de la cruz — leemos—, al ver cómo había expirado, dijo: «*Realmente este hombre era Hijo de Dios*»³. Él entendía de combatientes y de combates, y reconoció inmediatamente que el «fuerte grito» que dio Jesús al expirar era el grito de un vencedor, no el de un vencido⁴. Era el de su victoria, el del triunfo, y no el de la derrota. Por fin la nueva creación se había consumado: todo estaba cumplido.

De distintas formas podemos conocer un río. Lo podemos conocer a distancia, por las noticias, por internet, por el estudio de su orografía y propiedades; lo podemos conocer yendo al mismo río y viéndolo desde la orilla. Pero no lo conoceremos realmente si no nos sumergimos en él y nos dejamos llevar por su corriente. Ojalá que este camino de Adviento que hemos comenzado sea ocasión para que nos sumerjamos en la dinámica que él nos sugiere día a día; ojalá que no nos quedemos a distancia, ni a la orilla..., sino que seamos capaces de sumergirnos en él para saborearlo, experimentarlo y dejarnos llevar por su espiritualidad.

² Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

³ Mc 15,39

⁴ RAINIERO CANTALAMESSA. *La fuerza de la cruz*. Ed. Monte Carmelo, 2006